

CORRELACIÓN ENTRE LOS CONCEPTOS DE «DIOS Y AUTOCONCIENCIA» EN ALGUNOS ESCRITOS DE ANTHONY DE MELLO (PARTE II)

KAMEL HARIRE SEDA*

Resumen

El presente artículo contiene algunas consideraciones acerca del carácter de los escritos del Padre Anthony de Mello, así como sobre algunos aspectos sobre la correlación entre los conceptos «Dios y Autoconciencia». Se incluyen algunas referencias pertinentes sobre la «Notificación de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe respecto de los escritos de Anthony de Mello».

Palabras Clave: Dios, autoconciencia, iluminación, contemplación.

Abstract

This article contains some considerations about the character of Father Anthony de Mello's writings, some aspects about the correlation that he states between the concepts of «God and Self-consciousness», as well as some relevant references about the «Notification of the Holy Congregation for the Doctrine of Faith regarding his works».

Key words: God, self-conscience, illumination, contemplation.

Durante el año 2004, realizamos un proyecto de investigación referido al análisis crítico filosófico-teológico del concepto

* Doctor en Teología por la Universidad de Navarra (Pamplona, España). Profesor Titular en el Instituto de Ciencias Religiosas (*Ad instar Facultatis*) de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Entre sus publicaciones cabe mencionar «La importancia didáctica de la pregunta y su función al servicio del desarrollo progresivo de la revelación en el evangelio de san Juan» (2001), «Relación entre unidad y diversidad respecto del pluralismo en algunos escritos de S. S. Pablo VI» (2002), «La paradoja como recurso retórico en tres escenas del “deuterocanónicas”» (2003), «¿Quién es el enfermo, el padre o el hijo? A propósito del relato de san Juan 4, 46-54» (2004).

de «autoconciencia» en algunos escritos de Anthony de Mello¹. Ello nos brindó la oportunidad de revisar un número importante de escritos en los cuales él tuvo ocasión y necesidad de tratar cuestiones espirituales y teológicas². Como logro adicional, por su representatividad en cuanto expresión del pensamiento del autor, consignamos algunas notas acerca de la correlación que él establece entre los conceptos «Dios y Autoconciencia».

Antes de entrar en materia deseamos hacer algunas consideraciones que nos parecen de toda justicia respecto del carácter de los escritos del P. de Mello.

Al parecer, existen muchas publicaciones que no contaron con la expresa autorización de su autor. Además, muchas de ellas tienen la forma de historias breves y, en ningún caso, fueron pensadas por él para formar parte de manuales de instrucción-doctrinal. El autor habla más bien a través de imágenes que tocan las más recónditas profundidades de la experiencia humana y cubren la totalidad de la gama de las emociones humanas. Claramente, de Mello no se avergüenza de la abundancia de símbolos y relatos que, por cierto muchas veces y a primera

¹ Proyecto de Investigación realizado bajo los auspicios de la Dirección de Investigación de la Vicerrectoría de Investigación y Estudios Avanzados de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en corresponsabilidad con el Prof. Dr. Gonzalo Ulloa Rübke: «Lectura crítica teológico-filosófica del concepto de "autoconciencia o conciencia de sí-mismo" en algunos escritos de Anthony de Mello».

² Obras consultadas de Anthony de Mello: *El canto del Pájaro*. Sal Terrae, Bilbao 1982; *¿Quién puede hacer que amanezca?* Sal Terrae, Santander 1993 (9ª ed.); *Contacto con Dios*. Sal Terrae, Santander 1998 (8ª ed.); *¿Es posible el amor verdadero?* Sal Terrae, 1998; *Práctica de la oración*. Sal Terrae, 1988; *Rompe el ídolo*. Lumen, Buenos Aires 1994; *Autoliberación interior*. Lumen, Buenos Aires 1988; *Dios, ese escondido*. Lumen, Buenos Aires 1997; *Una llamada al amor*. Sal Terrae, Santander 1991; *El corazón humano*. Lumen, Buenos Aires 1997; *Aguilas doradas*. Lumen, Buenos Aires 1997; *El manantial (Ejercicios Espirituales)*. Sal Terrae, Santander 1984 (13ª ed.); *Un minuto para el absurdo*. Sal Terrae, Santander 1998 (6ª ed.); *Cuerpo y alma en oración*. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1996; *Un manual de ejercicios de meditación*. Sal Terrae, Santander 1997; *El camino hacia la felicidad*. Lumen, Buenos Aires 1994; *Caminar sobre las aguas*. Lumen, Buenos Aires 1993; *Medicina del alma*. Lumen, Buenos Aires 1998; *Sadhana un camino de oración*. Sal Terrae, 1979; *La oración de la rana I*. Sal Terrae, Santander 1988; *Escritos esenciales*. Sal Terrae, Santander 1999.

lectura, parecieran alejarse de los contenidos esenciales de la fe cristiana y del estilo y carácter discursivo de los tratados teológicos. El autor es heredero y portavoz de dos tradiciones: la oriental y la occidental, las que pone al servicio del lector para la contemplación de la realidad. Sería, sin embargo, un error pensar que, debido a que Oriente y Occidente son diferentes, el uno u el otro ha de estar equivocado, y que de Mello quiso usar uno de ambos para «corregir» al otro. Más bien, él intenta un equilibrio, del «esto y aquello» en lugar del «esto o aquello».

A través de un lenguaje peculiar, logra introducir al lector en su mundo imaginativo del cual se vale también para expresar su misión y su lucha con el misterio de la voluntad de Dios tan inefable para él. Por lo mismo, de Mello, no invita a sus lectores a contemplar las palabras que él escribe como objetos de valor en sí, sino que les exige contemplar en ellas sus propias vidas.

En términos generales, los escritos de Mello pertenecen al dominio del lenguaje figurativo en el cual la comunicación se produce gracias a imágenes y al poder del mismo lenguaje y no tanto a través de la palabra literal y precisa. Se trata más bien, del lenguaje de la comparación, del simil y de la metáfora: «*El Maestro impartía su doctrina en forma de parábolas y de cuentos que sus discípulos escuchaban con verdadero deleite, aunque a veces también con frustración, porque sentían necesidad de algo más profundo. Esto le traía sin cuidado al Maestro, que a todas las objeciones respondía: "Todavía tenéis que comprender, queridos, que la distancia más corta entre el hombre y la Verdad es un cuento" (...). En otra ocasión dijo: "No despreciéis los cuentos. Cuando se ha perdido una moneda de oro, se encuentra con ayuda de una minúscula vela; y la verdad más profunda se encuentra con ayuda de un breve y sencillo cuento"*»³.

El siguiente relato es una elocuente descripción de lo que acabamos de señalar: «*El Maestro solía enseñar con parábolas. Alguien preguntó un día a un discípulo de dónde sacaba el Maestro aquellas historias. De Dios, fue la respuesta. Cuando Dios quiere que cures, te envía pacientes; cuando quiere que enseñes, te envía alumnos; cuando quiere que seas Maestro, te envía historias*»⁴.

³ *¿Quién puede hacer que amanezca?*, 36.

⁴ *Un minuto para el absurdo*, 121.

El resultado inmediato de todo esto es que de Mello siempre estuvo convencido de que la realidad de Dios está más allá de toda idea, concepto o lenguaje humanos, y que, si olvidamos este hecho, nuestro lenguaje sobre Dios puede degenerar en una expresión idolátrica e inútil, por muy sublime y religioso que pareciera ser. Dios, para de Mello, es el «*conocido desconocido*». Ello, sin embargo, no nos reduce totalmente al silencio, sino que es una advertencia constante contra la absolutización de imágenes, fórmulas y conceptos humanos —o de cualquiera otra de las construcciones intelectuales— y su transformación en ídolos.

Dijimos que los relatos constituyen para de Mello el camino más corto hacia la verdad; por cierto, él no se refiere a la verdad abstracta que es el producto del pensamiento, sino a la verdad concreta que sólo se alcanza mediante la experiencia de la «realidad», de la que habla la verdad y a la que apunta el relato. Dios y su amor están siempre ahí, lo dice la narración, para ser reconocidos y aceptados. Sólo la *conciencia* de esta presencia y de este amor puede liberar a una persona para responder amando. En esta relación entre Dios y el hombre, la iniciativa es siempre de Dios y el papel del ser humano es siempre la respuesta.

Por cierto, daría la impresión que la «capacidad» del relato para llevarnos a descubrir la verdad pudiera incluir la verdad sobre Dios. Sin embargo, para de Mello, Dios debe ser conocido más bien como aquello que está más allá de todas nuestras capacidades de comprensión e inteligencia. Dios es conocido precisamente como lo que no podemos comprender, como el incomprensible, como el «*conocido desconocido*» pues, si la realidad de Dios es cualitativamente diferente de cualquier otra realidad, entonces se coligue que el conocimiento de Dios debe ser cualitativamente diferente del conocimiento que tenemos de todas las demás realidades.

El Maestro —dice de Mello— animaba siempre a sus discípulos a mirar hacia la luna, apuntándola con el dedo, pero invariablemente los discípulos se quedaban mirando el dedo. «*No miréis mi dedo*», exclamaba, «*mirad la luna*». El relato dice muchas cosas en pocas palabras. Dice que la realidad de Dios está siempre más allá de todos los «*dedos*» de las imágenes y conceptos que

utilizamos para apuntar a Dios; dice igualmente que corremos siempre el peligro de quedarnos pegados a las palabras, en lugar de entrar en contacto con la realidad. También sugiere que algunos dedos no apuntan en la dirección correcta y que algunos dedos nos dirigen hacia Dios de una manera más adecuada que otros.

Sin embargo, de Mello aclara que por inadecuado y engañoso que resulte nuestro lenguaje sobre Dios, tenemos que hablar y tenemos que apuntar, porque es mucho mejor balbucear y tartamudear sobre las realidades más grandes e importantes que hablar con claridad y precisión sobre trivialidades a las que concedemos demasiada importancia.

A continuación, presentamos algunas notas sobre la correlación del concepto de «Dios» y de «autoconciencia». Hemos limitado la búsqueda a las obras citadas en la nota n° 2 del presente artículo.

I. Desarrollo

Como un primer resultado de nuestra búsqueda destinada a esclarecer los alcances y el sentido de la correlación «Dios-autoconciencia», debemos mencionar la valoración que el autor hace sobre la *trascendencia de Dios*. De Mello destaca el hecho de que Dios «está más allá de este mundo y todo lo que hay en él». Dios es, «*el totalmente otro e incomprensible*». Dios está más allá de nuestra capacidad de captar y comprender. Ello, sin embargo, no nos reduce totalmente al silencio, sino que es una advertencia constante contra la absolutización de las imágenes, las fórmulas y los conceptos humanos —de cualquiera de las construcciones intelectuales humanas— y su transformación en ídolos.

Pero igualmente importante y primordial en la comprensión e interpretación de A. de Mello, es la *inmanencia de Dios*, es decir, la presencia de Dios en y a través de la creación. Hay, a juicio del autor, una tensión entre trascendencia e inmanencia. Sin la inmanencia, el Dios trascendente se convertiría en el Dios distante. La trascendencia de Dios, por cierto, no supone distancia, sino la libertad soberana de Dios para elegir estar

cerca de nosotros, pero sin trascendencia, la inmanencia de Dios vendría a ser una forma de panteísmo.

A este respecto, llama la atención la fuerza con que el autor relativiza la importancia que algunos asignan al carácter discursivo para formular lo que concierne a la fe en Dios. Es de opinión que el cristianismo no es asunto de frases eruditas, argumentos explícitos y disputas teológicas. A su juicio, se trata más bien de un asunto de la vida común, donde hay lugar para la emoción ante el canto de un ruiseñor. Para de Mello, cierta «irreflexión» es lo razonable, pues, mucho de lo que se escribe en la actualidad, difícilmente tenga otro significado que el de una gimnasia intelectual (Tal vez, cabría recordar aquí a San Agustín en su sentencia: «*Credo quia Absurdum*»).

Es indudable que para de Mello: Dios no es como decimos lo que es pero, no sólo no es lo que decimos que es, sino tampoco es lo que imaginamos. «*La mayoría de las personas permanecen presas de las imágenes que se han hecho de Dios. Éste es el mayor obstáculo para llegar a Él*»⁵. «*El predicador estaba decidido a arrancarle al Maestro una declaración inequívoca de su creencia en Dios. ¿Crees que hay un Dios? le preguntó. Por supuesto que sí, dijo el Maestro. ¿Y crees que él hizo todo? Claro que sí. Por supuesto que lo creo. ¿Y quién hizo a Dios? Tú, dijo el Maestro. El predicador estaba horrorizado: ¿Quieres decir en serio que soy yo quien ha hecho a Dios?, preguntó. Al Dios en el que tú piensas y del que tú hablas...sí, respondió el Maestro con su habitual placidez*»⁶.

Por otra parte, de Mello postula una cierta teoría de la «contemplación como autoconciencia», a su juicio, él se siente interpretado por Lao Tse al afirmar: «*El silencio es la gran revelación*». En reiterados pasajes equipara la noción de revelación cristiana y la de Lao Tse, con una cierta preferencia por la de este último. Además postula «*la toma de conciencia de nuestras sensaciones corporales*» como comunicación con Dios. De Mello cree que es posible «detectar» a Dios en el aire que respiramos, en los sonidos que escuchamos, en las sensaciones que sentimos. Para él, Dios es sonido. «*Cada sonido es producido y sostenido por Dios omnipotente. Dios es sonido*»⁷. Lo más

⁵ *Dios, ese desconocido*, 12.

⁶ *Un minuto para el absurdo*, 163.

⁷ *Dios, ese desconocido*, 9.

importante es que en el centro de cada sonido existe el silencio. Así se llega a la conclusión, un tanto desconcertante, de que la concentración en la respiración o en las sensaciones del cuerpo es una contemplación óptima en el más estricto sentido de la palabra.

Ahora bien, para alcanzar el silencio hay que ir más allá de las palabras y de los pensamientos, pues, palabras y pensamientos son erróneos y limitados. Por lo tanto la palabra «Dios» como la «idea» serían obstáculos para «Ver» a Dios. ¿Cómo remediar esto? De Mello sostiene que se puede hacer al instante: *«Oye todos los sonidos que puedas detectar a tu alrededor. ¿Puedes oírlos todos? ¿Sonidos altos, sonidos bajos, el sonido de la voz? ¿Sabes lo que sucede cuando haces eso? Entrás en tus sentidos y es allí donde está la experiencia. Allí no hay abstracción, no hay ideas. Mira lo que estás mirando, escucha lo que estás escuchando, toca lo que estás tocando, siente lo que estás sintiendo»*⁸. Se trataría, por lo tanto, de no quedarse con el concepto que nos formamos de Dios, su invitación es ir más allá, a la esencia. Se podría sostener que, para de Mello, la iluminación interior es la verdadera revelación, mucho más importante que todo cuanto contienen las Escrituras: *«El Maestro no se cansaba de recordar, a quienes creían ciegamente en sus Escrituras, que la Verdad no puede ser captada ni expresada por una mente conceptualizadora. Y contaba el caso de un ejecutivo que se quejaba a su secretaria en relación a una nota que ella había escrito para dar cuenta de una llamada telefónica: “No entiendo ni palabra”, le dijo. “Yo tampoco pude entender muy bien al que telefoneaba”, dijo ella; por eso no he podido escribirlo con claridad»*⁹.

Es importante aclarar que de Mello, utiliza más bien el concepto de «iluminación» en reemplazo de «revelación»: *«Cuando le preguntaron a qué se parecía la iluminación, el maestro respondió: Es como adentrarse en el desierto y, de pronto, tener la sensación de estar siendo observado. ¿Por quién? Por las rocas, los árboles y las montañas. Una sensación incómoda. No. Una sensación reconfortante. Pero, por ser también una sensación desacostumbrada, uno siente la necesidad de regresar cuanto antes al mundo habitual de las personas —con los ruidos, sus palabras y sus risas—, que nos han alejado de la naturaleza y de la Realidad»*¹⁰. «La

⁸ Ibid., 16.

⁹ Un minuto para el absurdo, 268.

¹⁰ Ibid., 81.

persona que ha alcanzado la iluminación viaja sin necesidad de moverse. Y el maestro le dijo: Siéntate ante tu ventana cada día y observa cómo cambia constantemente el decorado de tu patio trasero a medida que acompañas a la tierra en su viaje anual alrededor del sol»¹¹. «Un discípulo curioso le dijo al Maestro: Dinos una forma de saber cuándo ha alcanzado uno la iluminación. Y dijo el maestro: aquí la tienes: cuando te sorprendas preguntándote a ti mismo. ¿soy yo quién está loco o es algún otro?»¹².

Ante la pregunta de cómo se reconoce a la persona iluminada, responde: «Porque, habiendo "visto" el mal como mal, la persona iluminada no puede "hacerlo". Tampoco puede ser tentada. Si lo es, se trata de un impostor». Ante la pregunta de si puede la acción conducir a la iluminación, contesta: «Sólo la acción conduce a la iluminación, pero ha de ser una acción desinteresada, hecha por sí misma como tal». Ante la pregunta «¿Qué hace falta para alcanzar la iluminación? Respondió el Maestro: Hay que averiguar qué es lo que cae en el agua y no produce ondas, se mueve en los árboles y no hace ruido, atraviesa un prado y no mueve una sola brizna de hierba. Después de reflexionar durante semanas, los discípulos se dieron por vencidos. ¿Qué cosa es?. No es ninguna cosa. Entonces, ¿no es nada? Esa sería una forma de decirlo... ¿Y cómo podemos buscarlo? ¿He dicho yo que hubiera que buscarlo? Se puede encontrar, pero no se puede buscar. Si se busca, no se encuentra»¹³.

Por lo tanto, a Dios sólo se lo puede conocer por la vida, que es su manifestación: «Precisamente porque tenemos la palabra "Dios" y a ella asociamos las ideas con las que nos han programado, somos incapaces de descubrir a Dios en la vida corriente y cotidiana y en las personas que pasan a nuestro lado. Los que aman la belleza son capaces de captar a Dios, porque aman la vida y a las personas. Sólo el amor es clarividente... Le preguntaron a Beethoven que quería expresar con la Tercera Sinfonía, y el gran músico contestó: "Si yo pudiera expresar con palabras lo que significa no necesitaría expresarlo con música..."»¹⁴. De Mello afirma que es imposible expresar con palabras lo que se ha experimentado en el fondo del corazón y se pregunta por lo mismo ¿Acaso se puede expresar la Verdad con palabras?

¹¹ Ibid., 87.

¹² Ibid., 93.

¹³ Ibid., 20.

¹⁴ Ibid., 32.

En este mismo sentido, resulta muy provocativo y paradójico, el ejemplo que cita sobre el místico que al regreso del desierto y cuando sus compañeros le preguntaron con avidez, ¿Cómo es Dios? «él les confió una fórmula —inexacta, eso sí, e insuficiente—, con la esperanza de que alguno de ellos pudiera, a través de ella, sentir la tentación de experimentar por sí mismo lo que él había experimentado pero, ellos aprendieron la fórmula y la convirtieron en un texto sagrado... Y se la impusieron a todos como si se tratara de un dogma. Incluso se tomaron el trabajo de difundirla en otras naciones. Y algunos llegaron a dar la vida por ella. Y el místico quedó triste. Tal vez habría sido mejor que no hubiera dicho nada»¹⁵. Para de Mello, toda palabra que se emplee y toda imagen para referirse a Dios tiene más de falseamiento que de descripción; por lo mismo la forma correcta, a su juicio, para hablar de Dios es el «Silencio» que, por cierto, no consiste en la ausencia de sonido sino de «ego».

Respecto del «ego», es importante enfatizar que, para él, la pregunta más importante del mundo, base de todo acto maduro es: ¿Yo, quién soy? Porque, sin conocernos, no podemos conocer a Dios. Sin embargo, lo curioso del caso es que no hay —a su juicio— respuesta para la pregunta. Porque lo que tenemos que averiguar es lo que no éramos, para llegar al ser que ya somos. Según el autor, el hombre no debe «quemar» su cuerpo sino su «ego»; no debe renunciar a sus bienes, sino a su «ego»: «El discípulo dijo al Maestro: “Vengo a ofrecerte mis servicios”. El Maestro contestó: “Si renuncias a tu ‘yo’, el servicio brotará automáticamente”».

Anthony de Mello incluso va más allá, al postular que lo que llamamos tú no tiene base, pues tú no eres nada. Sólo la realidad existe, y sólo entrarás en esa realidad al liberarte de tus programaciones y penetrar en la noche oscura del no saber, de los no conceptos: «Los argumentos son magníficos, las ideas también. ¡Pero las ideas no son la vida!. Son excelentes para guiarnos en la vida. Abstracción no es vida. La vida se encuentra en la experiencia. Es como un menú que es maravilloso leer. Puedes guiar tu vida por el menú, pero el menú no es la comida. Y si gastases todo el tiempo en el menú, nunca comerías nada.

¹⁵ Ibid., 36.

Algunas veces es aun peor. Hay personas que están comiendo el menú. Están viviendo las ideas, perdiendo la vida»¹⁶.

El «yo» no está bien ni mal, no es bello ni feo, ni inteligente ni tonto. El «yo» es, simplemente. Indescriptible como el espíritu. La realidad para de Mello es aquello que traspasa todo concepto. Observar cuando sufres y ver todo lo que se presenta en la pantalla de tu conciencia para reconocer lo que la realidad te dice, fuera de todo concepto, y separado de tu sufrimiento. Poco a poco, abrir tu conciencia a las cosas que hasta ahora vivías como hábitos y, por ello, te pasaban inadvertidas. Saber lo que hay detrás de todo concepto y de todo sufrimiento. Ésta es la liberación de la mística. *«No renuncies a nada, pero no te apegues a nada. Disfruta de todo lo que te deparen la vida y las personas, pero no retengas nada. Dejar que pasen es disfrutar de todas y renovar a cada instante la felicidad. Dios no muere el día que dejamos de creer, en un ideal personal, pero nosotros morimos el día que nuestras vidas no están iluminadas por una actitud de admiración de la realidad más allá de la razón, con un resplandor constante, renovado cada día. Si no tenemos esto, moriremos»¹⁷.*

El significado de todo esto es que de Mello fue a todas luces consciente de que la realidad de Dios está siempre más allá de toda idea, concepto o lenguaje humanos, y que, si olvidamos esto, nuestro lenguaje sobre Dios puede degenerar en un lenguaje idolátrico (e inútil), por muy sublime y religioso que pueda ser. De Mello era consciente de ello a lo mejor de su tradición oriental y occidental. En Occidente, por ejemplo, la trascendencia de Dios, frente a todos los conceptos humanos, se expresa en lo que se ha dado en llamar la naturaleza sumamente análoga de todo nuestro conocimiento y lenguaje sobre Dios. En el siglo XIII, en el que vieron la luz las grandes sumas teológicas, el Concilio IV de Letrán (1215) nos enseñó, no obstante, que «no puede afirmarse tanta semejanza entre el creador y la criatura que impida afirmar su mayor desemejanza». Todos nuestros conceptos e imágenes están

¹⁶ *El corazón humano*, 105.

¹⁷ *Ibid.*, 116. Algo difícil de hacer pero no irrealizable sería comparar estas ideas de Mello con ideas muy similares, en su expresión pero no en su contenido, alcance y fundamento, de André Gide, contenidas en «Les Norritures Terrestres», dirigidas al discípulo, Natanael.

formados y forjados en nuestra experiencia de las realidades finitas, y cuando los aplicamos a Dios afirmando alguna semejanza entre Dios y las realidades, la desemejanza entre ellas es aún mayor.

De lo dicho hasta aquí, resulta claro que para de Mello Dios es «incomprensible» y que no se deja aprehender con conceptos ni encerrar en palabras. Pero, a su juicio, ello no es nuevo históricamente hablando pues: la tesis de que Dios es incomprensible siempre ha estado en la teología católica. Para Tomás de Aquino, era evidente. Y para Rahner, incluso en su visión inmediata, en la eternidad, Dios seguía siendo incomprensible. Por lo cual, el concepto de Dios en de Mello, no deja de ser el concepto de una realidad inefable y por lo mismo sostiene: *«Si tienes un concepto de Dios, por lo menos que sea de un Dios bueno, generoso, magnánimo, lleno del verdadero amor. Pero, por favor, que no sea un concepto raquítico que convierta a Dios en justiciero, poderoso y vengador. Hagamos por lo menos un Dios más grande y generoso que nosotros»*. Ello, lleva necesariamente a de Mello a postular que a Dios sólo se le encuentra por un proceso de «sustracción». Es decir, a Dios sólo se le encuentra sabiendo *lo que no es*, no añadiéndole nombres, conceptos y etiquetas. *«Dios es, y por ello es inaprensible; no lo podemos definir ni clasificar, porque escapa a toda objetivación»*.

Para de Mello, Dios es tan inefable que no se puede explicarlo Dios es, a su juicio, incomprensible. Es el misterio absoluto. Por ello, cuando el hombre olvida, forma un ídolo de conceptos. *«¿Puede uno hablarle del océano a una rana que habita en un pozo o hablar de lo divino a una gente que se encuentra encajonada en sus propios conceptos?»*¹⁸. La imposibilidad de referir algo sobre Dios, es correlativa a la imposibilidad de preguntar sobre Dios. *«Si no puedes decir nada de Aquel que supera todo pensamiento y toda palabra, ¿cómo puedes preguntar algo acerca de él?»*¹⁹. *«Cuéntame una cosa, dijo el ateo. ¿Existe realmente un Dios?. Y le respondió el maestro: si quieres que te sea sincero, no tengo respuesta. Más tarde los discípulos quisieron saber por qué no había respondido. Porque la pregunta no tenía respuesta dijo el maestro ¿De*

¹⁸ *¿Quién puede hacer que amanezca?*, 133.

¹⁹ *Ibid.*, 196.

modo que eres ateo? Por supuesto que no. El ateo comete el error de negar algo de lo que no puede decirse nada...y el teísta comete el error de afirmarlo»²⁰.

Ahora bien, como dijimos, para de Mello, Dios se manifiesta en la vida, por lo cual si metemos la vida en conceptos nos resultará tan misteriosa como Dios. De allí, que sólo se puede conocer la vida viviendo, y a Dios sólo se puede llegar viviendo y conociéndonos. *«Como es imposible saber la naturaleza de Dios, es imposible hablar de Dios... Cuando el místico bajó de la montaña se le acercó el ateo, que le dijo: “¿Qué nos has traído del jardín de las delicias en el que has estado?”. Y el místico le respondió: “En realidad, tuve intención de llenar mi faldón de flores para, a mi regreso, regalar algunas de ellas a mis amigos. Pero, estando allí, la fragancia del jardín me embriagó de tal forma que hasta me olvidé del faldón”»²¹.* Dios para de Mello es Verdad, Felicidad y Realidad; es la fuente dispuesta a llenarnos en la medida en que, libremente nos abramos a Él.

A pesar de la insistencia del autor sobre la imposibilidad de concebir expresar la realidad de Dios, dado que todas las palabras son inadecuadas y que Dios está absolutamente más allá, él postula, no obstante, que Dios es susceptible de ser encontrado. *«El día que alcances la gracia de anhelar a Dios como ayer anhelabas el aire, ese día lo habrás encontrado»²².* Ante la pregunta de cómo se puede descubrir a Dios, responde: *«A base de aclarar el corazón mediante la meditación silenciosa, no ennegreciendo el papel con elucubraciones religiosas»²³.* *«Más tarde le dijo un discípulo: En mi búsqueda de Dios estoy dispuesto a renunciar a todo: riqueza, amigos, familia, país y hasta mi propia vida. ¿Puede una persona renunciar a algo más? El Maestro respondió con toda calma: **Sí a sus creencias en Dios**»²⁴.*

Pareciera sin embargo, que la búsqueda debe ser personal y nadie puede realmente ayudar: *«Ayúdanos a descubrir a Dios... Nadie puede ayudarnos a hacerlo. ¿Por qué no? Por la misma razón por la que nadie puede ayudar al pez a descubrir el océano»²⁵.* No obstante, resulta

²⁰ Un minuto para el absurdo, 31.

²¹ Ibid., 60.

²² *¿Quién puede hacer que amanezca?*, 61.

²³ Ibid., 80.

²⁴ Ibid., 149.

²⁵ Ibid., 81.

extraordinariamente sugerente la contradicción que plantea para la búsqueda de Dios, pues, junto con negar valor a los esfuerzos por alcanzar a Dios, a reglón seguido, afirma la necesidad de actuar en ese sentido, dejando abierta una interesante tensión: «*Si deseas alcanzar a Dios, hay dos cosas que debes saber. La primera es que todos los esfuerzos por alcanzarlo no sirven para nada. ¿y la segunda? Que debes actuar como si no supieras la primera*»²⁶.

Por otra parte, sorprenden algunas declaraciones sobre Dios, no sólo porque parecieran contradecir las propias afirmaciones del autor, sino que, además, porque niegan el carácter e identidad personal de Dios y lo reducen a una realidad cósmica omnipresente, una especie de vacío puro. «*¿Cómo puedo buscar la unión con Dios? Cuanto más te esfuerces en buscarla, mayor distancia pondrás entre El y tú. Pero, entonces, ¿Cómo solucionamos precisamente el problema de la distancia? Comprendo que no existe. ¿Quiere eso decir que Dios y yo somos una sola cosa? Ni una ni dos. ¿Cómo es posible eso?. El sol y su luz, el océano y la ola, el cantante y su canción... ni una cosa ni dos*»²⁷. Más desconcertante que esto último, resulta sin duda la identificación que establece entre Dios y la creatura: «*Desearía ver a Dios. Estás mirándolo en este mismo momento, dijo el Maestro. Entonces, ¿por qué no lo veo?, ¿Por qué el ojo no se ve a sí mismo?, replicó el Maestro*»²⁸.

La experiencia de Dios paradójicamente, a juicio de Mello, es una *no-experiencia*: «*Cuando se experimenta a Dios, el "yo" desaparece. Así pues, ¿Quién es el que hace la experiencia?. Entonces, ¿es la experiencia de Dios una no-experiencia? Es como el sueño, respondió el Maestro. La experiencia del sueño sólo se conoce cuando el sueño ha terminado*»²⁹. Ante la pregunta de cómo encontrar a Dios, de Mello responde: «*Mirando la creación, no analizándola. ¿Y cómo hay que mirarla? Si un labrador intenta buscar la belleza en una puesta de sol, lo único que descubrirá será el sol, las nubes, el cielo y el horizonte de la tierra... mientras no comprenda que la belleza no es una "cosa", sino una forma especial de mirar. Buscarás a Dios en vano mientras no comprendas que a Dios no se le puede ver como una*

26 Ibid., 171.

27 Ibid., 47.

28 Ibid., 153.

29 Ibid., 179.

“cosa”, sino que requiere una forma especial de mirar... semejante a la del niño; cuya visión no está deformada por doctrinas y creencias prefabricadas»³⁰.

Presentadas así las cosas, se puede decir que Anthony de Mello postula sin reservas la «presencia de Dios» en la vida de los hombres. Por consiguiente, se trataría más bien, de «reconocerla». La presencia de Dios no es esporádica o intermitente referida sólo a tiempos y lugares «sagrados». Dios nunca está ausente para los que tienen ojos para ver y oídos para oír. Ahora bien, se trata de tener «conciencia» y «estar despiertos», de salir de la cabeza y «entrar en los sentidos». Sin importar dónde estemos según de Mello «Dios ya está allí». Lo que tenemos que hacer es «reconocerlo». Sólo la conciencia de esta presencia y de este amor puede liberar a una persona para responder amando. En esta relación entre Dios y el hombre, la iniciativa es siempre de Dios, y el papel del ser humano es siempre la respuesta.

Si bien es cierto que de Mello habla reiteradamente de «despertar» no es menos cierto que se le acusa de no aclarar ¿cómo despertar? Ni ¿cómo saber si se duerme? De Mello argumenta reiteradamente que para despertarse «no hace falta ni juventud ni discurrir mucho. Sólo hace falta una cosa, la capacidad de pensar algo nuevo, de ver algo nuevo y de descubrir lo desconocido. Es la capacidad de movernos fuera de los esquemas que tenemos. Ser capaces de saltar sobre los esquemas y mirar con ojos nuevos la realidad que cambia»³¹. ¿Cómo saber si se está dormido? De Mello argumenta que «si nos dedicamos a fabricarnos un dios “tapa agujeros”, es que estamos dormidos. Lo que importa es responder a Dios con el corazón. No importa ser ateo, musulmán, católico; lo importante es la circuncisión y el bautismo del corazón. El estar despierto es cambiar tu corazón de piedra por uno que no se cierre a la Verdad. Conversión quiere decir despertarse y no perderse la vida. Es vivenciar el presente. Para saber esto hay un criterio: ¿Tú sufres? Es que estás dormido. Si estás dormido, verás a un Jesús dormido; si estás dormido, no serás capaz de ver más que cosas dormidas, y no te darás cuenta hasta que despiertes. Pasará la vida por ti sin que tú la vivas. Si tienes problemas es que estás dormido. La vida no es problemática. Es el yo (la mente humana) el que crea los problemas. El ir contra la realidad, haciendo problemas de las cosas es

³⁰ Un minuto para el absurdo, 18.

³¹ El camino hacia la felicidad, 79.

creer que tú importas, y lo cierto es que tú, como personaje individual, no importas nada. Ni tus decisiones ni acciones importan en el desarrollo de la vida; es la vida la que importa y ella sigue su curso: Sólo cuando comprendes esto y te acoplas a la unidad, tu vida cobra sentido. Y esto queda claro en el Evangelio. La muerte de Jesús descubre la realidad en una sociedad que está dormida, y por ello, su muerte es la luz. Es el grito para que despertemos»³².

Respecto de la comunicación con Dios, de Mello entiende que es aquella en que se emplea el menor número posible de palabras, imágenes y conceptos o se prescinde totalmente de ellos. Así, describe él la naturaleza de la comunicación con Dios que se establece en los ejercicios de la concienciación: *«Muchos místicos afirman que —además de la mente y del corazón, con los que nos comunicamos con Dios— todos nosotros estamos dotados de una mente y un corazón místico. Se trata de una facultad que nos permite conocer a Dios directamente, comprenderle e intuirle en su ser auténtico, aunque de manera oscura, sin necesidad de usar palabras imágenes o conceptos. De ordinario, nuestro contacto con Dios es indirecto, a través de imágenes o conceptos que, necesariamente, distorsionan la realidad. La capacidad de captarlo sin necesidad de imágenes o de ideas es el privilegio de esta facultad a la que, llamaré Corazón, aunque nada tiene que ver con nuestro corazón físico o con nuestra afectividad».*

En la mayoría de los hombres —sostiene de Mello— este corazón se encuentra dormido y subdesarrollado. Si lo despertásemos, tendería constantemente hacia Dios y, si le diéramos oportunidad, empujaría la totalidad de nuestro ser hacia Él. Pero para ello es necesario que se desarrolle, que se libere de las escorias que lo envuelven y pueda ser atraído por el Imán Eterno. La escoria, a su juicio, es el amplio número de pensamientos, palabras e imágenes que interponemos entre Dios y nosotros cuando tratamos de entrar en comunicación con Él. En muchas ocasiones las palabras, en lugar de ayudar, impiden la comunicación en intimidad. El silencio —de pensamientos y de palabras— puede, a veces, ser la forma más idónea de comunicación y de unión cuando los corazones están inundados de amor. Nuestra comunicación con Dios no es, sin embargo, para de Mello un tema sencillo: *«Yo puedo mirar con amor a los ojos de un*

amigo íntimo y comunicarme con él sin necesidad de palabras. Pero ¿dónde fijaré mi mirada cuando, desde el silencio, miro intensamente a Dios? ¡Una realidad sin imagen, sin forma! ¡El vacío!». Esto es —sostiene de Mello— lo que se pide a algunas personas que desean entrar en comunicación profunda con el infinito, con Dios: mirar fijamente durante horas al vacío. Algunos místicos recomiendan que miremos este vacío amorosamente. En verdad, requiere una buena dosis de fe mirar intensamente, con amor y anhelo, lo que parece nada cuando entramos por primera vez en contacto con ello. Normalmente —acota de Mello—, jamás lograrás ni siquiera aproximarte al vacío, aunque desees intensamente pasar horas sin fin mirándolo fijamente, si no has hecho el silencio en tu mente. Mientras la máquina de tu mente continúe tejiendo millones de pensamientos y de palabras, tu mente mística o Corazón permanecerá subdesarrollado: «Preguntaba el Monje: Todas estas montañas y estos ríos y la tierra y las estrellas... ¿De dónde vienen?. Y preguntó el Maestro: ¿y de dónde viene tu pregunta? ¡Busca en tu interior!»³³.

II. Al terminar

Hasta aquí algunos de los pasajes más señeros del pensamiento de Anthony de Mello y la correlación que él establece entre los conceptos: «Dios y Autoconciencia». Sin embargo, consideramos de toda justicia antes de terminar, citar algunos de los párrafos más pertinentes de la Notificación de la Congregación para la Doctrina de la Fe a propósito de algunos elementos doctrinales y teológicos de Anthony de Mello. Con fecha 24 de junio de 1998, la Sagrada Congregación, aprobó y ordenó la publicación de una Notificación acerca de sus escritos, pues, a juicio del dicasterio romano, se advierte en ellos, «*un alejamiento progresivo de los contenidos esenciales de la fe cristiana. El autor sustituye la revelación acontecida en Cristo por una intuición de Dios sin forma ni imágenes, hasta llegar a hablar de Dios como un vacío puro. Para ver a Dios haría solamente falta mirar directamente el mundo. Nada podría decirse sobre Dios; lo único que podemos saber de Él es que es incognoscible*».

³³ El corazón humano, 30.

Otros aspectos doctrinales de los escritos de Antony de Mello que motivaron la Notificación eclesiástica:

- a) *La sustitución que establece A. de Mello de la Revelación acontecida en Cristo por una intuición de Dios sin forma ni imágenes, hasta llegar a hablar de Dios como un vacío puro.*
- b) *El apofatismo radical, pues para de Mello nada podría decirse sobre Dios; lo único que podemos saber de Él es que es incognoscible.*
- c) *El apofatismo radical del autor implica, a juicio de la Sagrada Congregación, negar que la Biblia contenga afirmaciones válidas sobre Dios.*
- d) *La Biblia, para Anthony de Mello, contendría sólo indicaciones para alcanzar el silencio y sus palabras impedirían que las personas sigan su sentido común, convirtiéndolas en obtusas y crueles.*
- e) *Las religiones, incluido el cristianismo, serían uno de los principales obstáculos para el descubrimiento de la verdad.*
- f) *Pensar que el Dios de la propia religión sea el único, sería simplemente fanatismo.*
- g) *Dios es pensado como una realidad cósmica, vaga y omnipresente. Su carácter personal es ignorado y en la práctica, negado.*
- h) *Jesús es un maestro al lado de los demás. La única diferencia con el resto de los hombres es que Jesús era «despierto» y plenamente libre, mientras que los otros no.*
- i) *Jesús no es reconocido como el Hijo de Dios, sino simplemente como aquel que nos enseña que todos los hombres son hijos de Dios.*

j) *La presencia de Cristo en la Eucaristía no es más que un símbolo que apunta a una realidad más profunda, la presencia de Cristo en la creación: «Toda la creación es Cuerpo de Cristo, y tú crees que sólo está en la Eucaristía. La Eucaristía señala esa creación. El Cuerpo de Cristo está por todas partes y tú sólo reparas en su símbolo que te está apuntando lo esencial que es la vida» (La iluminación..., 61).*

k) *Las afirmaciones sobre el destino definitivo del hombre provocan perplejidad. Se habla de una «disolución» en el Dios impersonal, como la sal en el agua y se plantea como irrelevante la cuestión del destino después de la muerte. Sólo interesa la vida presente. El plantearse la pregunta sobre vida después de la muerte constituye tiempo malgastado pues se debe vivir el cielo aquí y ahora «¿Y cómo? Viviendo el cielo aquí y ahora ¿Y dónde está el cielo? Aquí y ahora mismo» (Ibid., 136).*

l) *El mal es solamente ignorancia, no existirían reglas objetivas de moralidad. El bien y el mal serían solamente valoraciones mentales impuestas a la realidad. El mal no es más que ignorancia, falta de iluminación.*

m) *No hay por lo tanto, razón para el arrepentimiento de los pecados, ya que de lo único que se trata es de despertar al conocimiento de la realidad: No lloréis por vuestros pecados. ¿Por qué llorar por los pecados que habéis cometido durante el sueño?*

n) *La causa del mal es la ignorancia. El pecado existe, pero es un acto de locura. El arrepentimiento es, pues, volver a la realidad.*

o) *La función del credo o la profesión de fe es juzgada negativamente. Cualquier credo o profesión de fe en Dios o en Cristo impediría el acceso personal a la verdad.*

p) *La Iglesia, al hacer de la palabra de Dios en la Escritura un ídolo, habría terminado por expulsar a Dios del templo. En*

consecuencia, la Iglesia habría perdido la autoridad para enseñar en nombre de Cristo.

A nuestro juicio, resulta del todo clarificadora la intervención del Dicasterio Pontificio respecto de algunos de los aspectos doctrinales del P. Anthony de Mello, pues en sus numerosos escritos se advierten elementos distorsionadores de los contenidos esenciales de la fe. Las presiones de la Notificación eclesiástica son muy oportunas, si se considera la notable difusión que las obras del autor han alcanzado en diversos países³⁴ y su influencia en numerosas comunidades y corrientes espirituales cristianas en general, y católicas, en particular. Permítasenos una última cita como corolario de lo ya señalado:

*«Al Maestro le resultaba muy pesado hablar
con quienes se empeñaban constantemente en
defender la existencia de Dios o discutir acerca de Su naturaleza y,
sin embargo, olvidaban la importancia del conocimiento
de sí mismos, que era lo único que podría proporcionarles amor y liberación.
Y a un grupo de personas que le pidieron
que les hablara de Dios, les dijo:
“Desgraciadamente, lo que pretendéis es hablar de Dios, en lugar de verlo;
y lo veis tal como pensáis que es, no como realmente es.
Pero, si Dios es manifiesto y no se oculta,
¿por qué hablar de Él? Abrid los ojos y ved”.
Y más tarde añadiría: “Ver es lo más fácil del mundo.
Lo único que tenéis que hacer es abrir los pástigos de vuestras
ideas sobre Dios”»³⁵.*

³⁴ A modo de ejemplo de la notable difusión en español de los escritos del autor destacamos: *Sadhana, un camino de oración* (1979), 25 ediciones; *El canto del pájaro* (1982), 27 ediciones; *¿Quién puede hacer que amanezca?* (1985), 12 ediciones; *La oración de la rana I* (1988), 16 ediciones.

³⁵ *Un minuto para el absurdo*, 165.